

...sobre cuestiones de “identidad cultural” en la creación musical

Edgar Alandia

Después de la caída del muro de Berlín y con la globalización, que hubiera debido permitir a todos poder acceder y compartir una variedad de puntos de vista, observamos que como consecuencia de estos hechos ha habido, más bien, una tendencia de los varios grupos sociales, religiosos, políticos, culturales e incluso étnicos a cerrarse, provocando desastres de dimensiones apocalípticas como ha ocurrido con la desintegración de Yugoslavia o los movimientos fanáticos islamistas del Medio Oriente.

La globalización, lejos de permitir el intercambio de ideas, de pensamientos y de culturas, no ha hecho otra cosa que facilitar los medios de explotación a las transnacionales y a la alta finanza internacional determinando, casi como reacción natural, la intensificación de sentimientos nacionalistas como respuesta a las incertidumbres sociales y al avance avasallador del poder económico.

Una de las respuestas espontáneas que han surgido ha sido la “necesidad” de definir una supuesta “identidad”, llegando a ser casi una obsesión en algunos casos o una manipulación demagógica en otros. Personalmente, creo que cada uno es nomás como es, síntesis de una experiencia temporal, geográfica, social, intelectual, etc.

Pasando a la cuestión de la “identidad cultural” y considerando el arte como algo íntimamente ligado a la cultura, quien sabe si vale la pena recordar a Paul Klee, quien definía el arte como algo que no reproduce lo que se ve, sino más bien hace posible ver lo invisible, además de reflexionar sobre algunas “definiciones” ligadas a estudios de psiquiatría que enuncian que el arte no comunica ningún supuesto mensaje, emociones y mucho menos sentimientos. El arte, más bien, provoca emociones, provoca sentimientos.

El arte no comunica otra cosa que no sean relaciones entre los elementos matéricos de los varios lenguajes: colores y formas en la pintura, palabras en la literatura, sonidos en la música. El arte es un medio de expresión de los pensamientos. El pensamiento puede expresar emociones, el pensamiento puede expresar sentimientos, pero, sobre todo, está claro que el pensamiento se expresa por medio de los lenguajes, es decir, por medio de códigos. Aunque el conocimiento del código sea una pre-condición para la comprensión intrínseca de una obra de arte, nada impide a nadie poder hacer, a varios y diferentes niveles, que la obra provoque sensaciones y hasta emociones. La obra de arte cumple precisamente esa función, es decir, la de brindarnos la posibilidad de vivir una experiencia única, de “comprender” algo que está más allá de la obra misma, algo que está dentro de nosotros, algo que entendemos de nuestra manera, algo que descubrimos de nosotros mismos.

La música es un lenguaje que tiene sus propios códigos y sus propios procesos estructurales. Asimismo, también tienen sus códigos las varias épocas, estilos, regiones y civilizaciones. El código llega a ser, entonces, el medio fundamental para expresar un pensamiento. Siendo el sonido y el pensamiento los elementos constitutivos de la música, resulta interesante imaginar una definición para la misma y plantearse dos cuestiones, es decir, ¿es la música la articulación del pensamiento por medio de los sonidos?, o más bien, ¿es la articulación de los sonidos por medio del pensamiento? Sin optar por una sola respuesta, puesto que cualquiera de las dos es posible, resulta evidente que la música involucra sonido y pensamiento en un equilibrio sutil y necesario. Creo que precisamente de eso se trata: de organizar una manera de pensar por medio de los sonidos, o bien de organizar los sonidos según una manera de pensar.

Creo, además, que la idea de investigar sobre este conjunto de problemas no solo es interesante, sino que me parece, más bien, hasta necesaria. Menos interesante, sin embargo, me resulta finalizar esta investigación, y menos todavía finalizarla al descubrimiento de una supuesta identidad cultural que

de hecho ya existe. Es como si se descubriera que el agua hervida siempre hubiera sido H₂O, la que siempre ha existido. Cualquier investigación sobre los recursos técnicos de los instrumentos – en nuestro caso, andinos –, sus posibilidades expresivas y su contexto estructural de pensamiento no garantizan, de alguna manera, ninguna otra identidad que no sea la del compositor.

Cultura es comprender, no entender. Comprender supone la vivencia de un hecho, la interiorización de una experiencia y, por lo tanto, sería relativamente más útil pensar la cultura como una referencia y no como un fin. La cultura es una experiencia individual y la suma de experiencias individuales da lugar a una experiencia colectiva, a una conciencia colectiva; en definitiva: a una cultura compartida. No creo que existan culturas mejores o culturas peores; existen culturas diferentes y creo firmemente que la riqueza cultural no está en la cantidad de los idénticos sino más bien en la calidad de los innumerables diversos.